EL REGIONALISMO DE PEREDA EN EL GÉNERO EPISTOLAR

CARTA AL CRÍTICO CATALÁN JUAN SARDÁ

Polanco, 15 de septiembre de 1885.

Sr. D. Juan Sardá [1].

Mi distinguido amigo: No quiero molestarle a V. con el relato, que sería poco risueño en su mayor parte, de las causas que me han impedido pagar a V. en ocasión oportuna el tributo de gratitud que le debo desde que leí en la *Ilutració Catalana* el magistral artículo que tuvo V. la bondad de consagrar a *Sotileza* [2] y al padre que la engendró. Confío ciegamente en que ha de creerme V. por la palabra que le empeño de que sin aquellos motivos hubiera sido muy diferente mi comportamiento; y sin más largo preámbulo comienzo a pagar gustosísimo mi deuda declarando, sin asomo de lisonja, que, entre el cúmulo de críticas que poseo, de las que se han hecho en España y fuera de España de la afortunada «callealtera» [3], no hay una en que se haya herido la dificultad más derechamente ni en menos palabras que en la de V. Por de pronto, es la única que ha acabado de convencerme de que para lograr completamente el fin que me propuse en el carácter de la protagonista, falta algo que hasta tiene un sitio determinado en el libro. Pensaba yo, en mis propósitos, al hacer a Sotileza áspera, pero no inaccesible, altiva, pero no marmórea [4], por lo que a

Andrés respecta, que era bastante con lo que se la oye responder al padre de éste en la bodega de Mechelín [5], y con lo que «se ve» en capítulos precedentes, en particular el titulado «Ir por lana» [6], y no era señal de fracaso en mis nitentos el testimonio del sinnúmero de veces que, recién publicado el libro, se me hizo de palabra y por escrito, esta pregunta: «¿Amaba Sotileza a Andres?» [7]. Dejar esta duda en el ánimo del lector, eran precisamente los fines que yo perseguía; y no podían ser otros, por la naturaleza misma del personaje, por la «madera» de que estaba formado, porque la huérfana de Mules no debía aspirar a casarse con el hijo de Bitadura por las razones que a éste expone sumariamente en la citada ocasión; y desde el suceso de la Arboleda de Ambojo [8] y otros inmediatos, por las que V. tan juiciosamente adivina en el antepenúltimo párrafo de su crítica, y debía guardar en lo más hondo de su honrado pecho su inclinación amorosa, tan estéril como peligrosa, mas el reparo de V. coincidiendo con algún otro en el mismo sentido, aunque no tan bien reforzado de razones [9], y sobre todo con algunas aprensiones mías, desde que examiné serena y fríamente a cierta distancia la obra escrita en la fiebre de dos meses de trabajo, me hizo no sólo caer en la cuenta de que bien podría tomarse por frialdad marmórea lo que debía ser disimulo, sino ver con toda claridad hasta la página y el sitio donde con media docena de renglones bien al caso se salvaba este riesgo tan grave, renglones que, ciertamente, estuvieron al caer de mi pluma cuando escribí el pasaje que hoy los reclama, y no cayeron porque me parecieron que con ellos levantaba demasiado la punta del velo y se rompía el encanto del misterio [10]. También ha visto V. esta página y este sitio, y por verlo tan claro y por corresponder tan exactamente su observación con mis aprensiones, le dije al principio y le repito ahora que es su crítica de V., entre las infinitas que se han hecho de la obra, la que más sencilla y derechamente hiere la gran dificultad de ella. Del resto del artículo ¿qué he de decirle? Defiende V. ardorosamente las literaturas regionales, y pone en los cuernos de la luna a este empedernido escritor «montañés». De las primeras soy apasionado hasta el punto de tenerlas por el jugo y la verdadera sustancia de la literatura «nacional» [11]. Lo segundo es un ramillete de

flores, que, aunque inmerecido, debo poner sobre mi corazón si no he de pecar de descortés o de ingrato.

Un millón, pues, de gracias por todo, y otros tantos perdones por lo que he tardado en pagarle la deuda.

Otra, hasta cierto punto, tengo de cortesía con V.; y consiste en no haber contestado «a la vista» (y como pensé hacerlo, y por no haberlo hecho así desaproveché la ocasión que luego no tuve entre la maraña de enredos que me envolvió en vísperas de emprender el viaje que hice a Portugal) [12] su muy atenta carta del mes de marzo, pues aunque el principal motivo de ella era avisarme el recibo del ejemplar de la novela que de mi parte le había entregado Oller [13], algo contenía que entonces valía la pena de ser glosado. Valga, pues, también mi solicitud de indulgencia para este pecado si por tal le ha tenido V.

Este año estoy de completa huelga, y bien sabe Dios lo poco que me alegro de ello, pero una terrible enfermedad que súbitamente acometió a mi único hermano [14] en el mes de junio, recién llegado yo del viaje, el cólera, que a los sanos y al enfermo nos sacó de Santander dos meses hace y ahora nos tiene bloqueados en este pueblo, en el cual hubo también su «caso» correspondiente; la atmósfera de intranquilidad y desasosiego que se respira en todas partes en este año desgraciado y calamitoso [15], y, por último, el tesón con que me persigue un asunto «de levita» por todo filón para una novela [16], con la repugnancia invencible que tengo al «género fino» me han puesto el ánimo y la cabeza en las peores condiciones imaginables para acometer empresas literarias.

También V. V. continúan asediados por el terrible huésped, y aunque, si los partes no mienten, las víctimas de la enfermedad son en número insignificante con relación al vecindario de la ciudad, mientras de cualquier modo se señale su presencia en ella hay motivo para temer algo. Quiera Dios librarnos a todos pronto de tan funesta calamidad [17].

Supongo que Oller, a quien pienso escribir hoy si me queda tiempo, estará aún en Puigcerdá [18], de donde tengo carta suya. Otra deuda parecida tengo con Yxart [19], con Riera [20], con Badía [21] y con otros catalanes más cuya lista me pesa en la

conciencia como el mayor de los remordimientos, por lo mismo que el pecado es involuntario y la mancha cae en el paño de mi mayor aprecio. Tengo el propósito de liquidar enseguida estas deudas del corazón, ya que ahí las debo y comencé a pagar por esta partida que suplico acepte V. con saldo de cuentas de este su obligado amigo, admirador y compañero.

J. M. DE PEREDA [22].

NOTAS

[1] JUAN SARDÁ Y LLORET. Publicista y crítico literario n. en San Quintín de Mediona (Barcelona) en 16 de julio de 1851 y m. en Barcelona en 4 de diciembre de 1898. Cursó en esta ciudad la carrera de Derecho, licenciándose en 1874. Desde esta fecha formó parte de la agrupación literaria *La jove Catalunya* y colaboró asiduamente en la revista *La Renaixença* durante la década 1870-80. GAZIEL en el Prólogo a las Memorias de OLLER afirma que gracias a la colaboración de SARDÁ pudo MODESTO SÁNCHEZ ORTIZ, director de *La Vanguardia*, convertir este diario «de caciquista en popular». A propósito de SARDÁ afirmó JUAN MARAGALL que «era un satírico sentimental, que tenía un sentimiento idealista exaltado y una expresión clara y fuerte como el acero».

[2] JOAN SARDÁ en la *Ilustració Catalana* solamente comentaba los libros catalanes, pero hizo una excepción con el de Pereda, declarando en su artículo la estimación que sentían los literatos barceloneses por el novelista montañés y poniendo de relieve la hostilidad de éste hacia el monopolio literario madrileño (V. J. SARDÁ: *La Ilustració Catalana*. Any VI. Barcelona, 15 de Febrer de 1885, n.° 128, con fotografía de Pereda).

Para documentar este aspecto de las relaciones de Pereda con los ingenios literarios catalanes, consúltese el trabajo de Alfonso PAR: «Pereda y Cataluña» (B. B. M. P. Año XV. Marzo de 1933. Santander, págs. 41-45). Como breve ilustración señalaremos dos notas significativas. RAMÓN D. PERÉS afirmó en *El Imparcial* (22 de febrero de 1888): «No hace mucho tiempo, cuando Pereda estuvo allí [Cataluña]... con gran regocijo de sus admiradores decía a uno de éstos (y no creo que haya indiscreción en decirlo aquí): —«Amigo mío, esto no es España, esto es una nación extranjera. Comprendo que escriban ustedes en catalán, porque esto es lo que se oye en todas partes.» En 8 de mayo de 1898 SARDÁ, desde *La Veu de Catalunya*, exclamó alborozado: «No mes li falta haver nascut a Catalunya, pera ser catalá. Axó sembla una «perogrullada», i no obstant, para mi, resumeix tota l'estética d'en Pereda».

[3] Hagamos mención del «cúmulo» de críticas que los periódicos de España dedicaron a «Sotileza»:

—«El Ebro». Año I. Domingo, 8 de marzo de 1885, n.° 44.

—«Revista de España», año XVIII, N.° 410, tomo CIII, cuaderno 2.°, 25 de mayo de 1885. Sección *Revista literaria:* «La última novela de Pereda» por «Orlando» (págs. 319 a 328).

—«La Ensalada», año I, n.° 2. Madrid, 7 de junio de 1885. Sección

Literaria: «Al Sr. D. José María de Pereda en Portugal», por Fernando de Guevara.
—Felipe Benicio Navarro: «Revista crítica de Historia, Literatura y Bellas Artes», n.° 1. 1.° de abril de 1885, págs. 3 a 13.
—«Querubín de la Ronda» es autor del único artículo desfavorable que existe sobre «Sotileza». Era éste el seudónimo que utilizaba el periodista RAFAEL COMENGE DALMAU. Apareció en la «Ilustración Universal» (p. 323). Año III, 2.ª época, n.° 41. Madrid, 15 de marzo de 1885.
—«El Fusilis». Breve reseña sobre «Sotileza». Barcelona, 6 de marzo de 1885.
—«El Fusilis», artículo firmado por D. D. Año I, n.° 3. Barcelona, 3 de abril de 1885.
—«Las Provincias», diario de Valencia. Año XX. Sábado, 7 de marzo de 1885, n.° 6764. Sección bibliográfica.
—«La Opinión». Sección «Variedades». Año VIII. Valladolid, jueves 12 de marzo de 1885, n.° 655. El autor—que utiliza el seudónimo de «Tántalo»—protesta en tono humorístico al final de su artículo —al cual dio forma de carta—de que cuando acaba la novela no queda resuelto el enigma psicológico de la protagonista.
—«La Crónica de León». Año XI, n.° 1422. Sección «Bibliografía». Sábado 18 de abril, 1885.
—«La Voz de Oviedo». Año II, n.° 278. Jueves, 12 de marzo de 1885. «Carta a don José María de Pereda» por «Pedro Sánchez» (Pepe Quintanilla).
—«El Complutense». Sección «Bibliografía». «Sotileza» por Manuel PARDO. Alcalá de Henares, 15 de marzo de 1885. Año II, n.° 44. Hace referencia al entierro del padre Apolinar.
—«La Dinastía». Barcelona, 5 de marzo de 1885 y 8 del mismo mes y año. «Sotileza. Última novela de Pereda» por Luis Gonzaga.
—«Diario de Barcelona», n.° 125. Martes, 5 de mayo de 1885. «Sotileza» por Francisco MIQUEL Y BADÍA.
—«El Noticiero». Sección «Semana Literaria». «Sotileza», por Cristóbal BOTELLA. Lunes, 9 de marzo de 1885.
—«El Globo». Año XI, 2.ª época, n.° 3.463. Lunes, 20 de abril de 1885. «Sotileza», por «Clarín» (Leopoldo ALAS Y UREÑA).
—«La Unión». Año IV, n.° 950. Madrid, lunes, 2 de marzo de 1885. Crítica por LEÓN MEDINA (el colaborador con don MANUEL MARAÑÓN Y GÓMEZ ACEBO en tareas de recopilación jurídica y, como él, publicista).
—«Los Lunes» de «El Imparcial». Lunes, 23 de febrero de 1885. «Al Sr. D. José María Pereda» por JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA.
—«La Voz Montañesa». Año XIII, n.° 3.073. «Solileza» por SALVADOR LANDA. Santander, domingo 15 de marzo de 1885.
—«Los Bandos» («Periódico impolítico, dominguero, de buen humor»). Año I, n.° 1. Santander, 1 de marzo de 1885.
—«Boletín de Comercio». Año XLVIII, n.° 51. Santander, martes 3 de marzo de 1885. «Sotileza. Impresiones», I. Artículo de «Albino» (ALBINO MADRAZO).
—«Boletín de Comercio». Año XLVIII, n.° 52. Santander, miércoles 4 de marzo de 1885. «Sotileza. Impresiones», II, por «Albino».
—«Boletín de Comercio». Año XLVIII, n.° 53. «Sotileza. Impresiones», III. Artículo de «Albino». Santander, viernes 6 de marzo de 1885.
—«El Correo de Cantabria». Año IV. Santander, 4 de marzo de 1885,

n.° 411. «Páginas 1 a 145 del último libro de Pereda por José Antonio del Río.»
—«El Correo de Cantabria». Santander, 9 de marzo de 1885. «Recuerdos» por José A. del Río. Identifica el autor del artículo a los marinos mercantes amigos de don Pedro Colindres (*Bitadura*), a los que conoció y trató.
—«El Correo de Cantabria». Año IV. Santander, 16 de marzo de 1885, «Sotileza» por José A. del Río.
—«El Aviso». Sección «Variedades». «Carta a don José María de Pereda» por «Pedro Sánchez» (José M.ª Quintanilla). Año XIV, n.° 34. Santander, 19 de marzo de 1885 (onomástico de ambos).
—«La Época». Juicio de don Marcelino MENÉNDEZ PELAYO. (Madrid, 27 de marzo de 1885).
—«La Fe», 6 de abril de 1885, artículo por A. J. V.

4 A pesar de los propósitos de PEREDA, Silda resulta algo marmórea como puso de relieve MENÉNDEZ PELAYO en su artículo en «La Época» (27 de marzo de 1885): «Sotileza, con ser muy mujer, tiene algo de esfinge tebana, y el autor no ha hecho más que levantar una punta del velo sagrado. Todos los instintos de su rebelde y altiva naturaleza han recibido desde el principio una dirección extraña, merced a aquella vida errabunda de playa y muelle de las Naos en que gastó sus primeros años. Su corazón es recio y duro para amar. El mismo agradecimiento apenas ha llegado a rayar aquella piedra tosquísima». Y en otro pasaje del citado estudio califica a esta reconcentrada y soberbia figura femenina de «espepecie de Diana selvática y feroz en un barrio de pesca».

5 «—Quiero que usté sepa, oído de mi misma boca, que nunca me dejé tentar de la cubicia, ni me marearon los humos de señorío; que estimo a Andrés por lo que vale, pero no por lo que él pueda valerme a mí; y que si para poner ahora a salvo la buena fama no hubiera otro remedio que el que me diera a ser señora a su lado, con la honra en pleito me quedara antes que echarme encima una cruz de tanto peso. De carid vivo aquí, y con estos cuatro trapucos valgo lo poco en que me tienen las gentes. Vestida de seda y cargada de diamantes, sería una tarasca y se me irían los pies en los suelos relucientes. Malo para los que tuvieran que aguantarme y, peor para mí, que me vería fuera de mis quicios». («Sotileza», cap. XXV: «Otras consecuencias»).

Tal es la repuesta de Silda a «Bitadura» cuando éste acude a la bodega de la Calle Alta alarmado por los posibles planes matrimoniales de su hijo Andrés con la altiva marinera (opuestos a la rígida endogamia observada en la sociedad santanderina, compartimentada y clasista, del siglo XIX).

6 «Sotileza», cap. XVIII. En él se narra como por primera vez en su vida Andrés va a buscar a Silda a la casa de tía Sidora con el propósito de sorprenderla a solas y con su corto atavío doméstico.

7 A este propósito afirmó el hispanista BORIS de TANNENBERG: «Pereda me ha contado que después de la publicación de *Sotileza* recibió muchas cartas demandándole el secreto del corazón de Sotileza. Querían saber a quién amaba». (Estudio sobre PEREDA en la «Revue Hispanique». 1898).

8 «Sotileza», cap. XVI. «Un día de pesca».

9 Debe referirse a la crítica aparecida en la sección «Variedades» de «La Opinión» (Año VIII. Valladolid, jueves 12 de marzo de 1885) firmada por «Tántalo».

10 En la citada crítica de «La Época» aseveraba MENÉNDEZ PELAYO «Sotileza es un enigma sorprendido valerosamente». Efectivamente, a la manera de STENDHAL, el autor sorprende un carácter sin desmenuzar detenidamente ese mecanismo anímico (en frase feliz de don Mar-

celino, «no hace más que levantar la punta del velo sagrado»). PEREDA se limita a hacer una exposición psicológica genética del temperamento de la heroína sin ulteriores intenciones. Las infrahumanas condiciones en que transcurre la infancia de Silda van a imprimir un rumbo extraño a su idiosincrasia y sentimientos (esto es lo que la novela tiene de «sano» fatalismo o determinismo). Por el contrario, EMILE ZOLA hubiera desvelado totalmente el misterio y tal vez hecho degenerar hasta el terreno de lo morboso o anómalo la pasión de la protagonista. (Aun así no faltó quien dijo que, sexualmente, Sotileza era una provocadora según se deduce del cap. XVI, «Un día de pesca», cuando se deja llevar por Muergo—especie de Polifemo raptando a Galatea—o cuando peina a éste y le rasca la nuca en el cap. XXI, «Varios asuntos y Muergo de gala»).

11 Anticipa PEREDA en esta carta a SARDÁ el juicio que sobre las literaturas regionales expresaría en otra posterior a don Eusebio GÜELL (Santander, 21 de marzo de 1886) en la cual agradecía el portalibros que el 19 de marzo de ese año le regalaron los literatos catalanes—obsequio que fue calificado por «La España Regional», de Barcelona, como «Un hecho elocuente del regionalismo»—. Este juicio quedó ratificado en el «Palique» de «Nubes de estío» (1891, cap. XIII) que le proporcionó una pública polémica con la Pardo Bazán. En comparación con estos entusiasmos, a los catalanistas más exaltados—seguidores de Valentín ALMIRALL—,pareció un tímido alegato su discurso sobre el «Regionalismo» (Juegos Florales de Barcelona, 1892). Aun refrenó más el autor de «Sotileza» su ditirambo sobre las literaturas regionales en su parlamento de recepción en la Real Academia Española (1897) y este retroceso no pasó desapercibido a otro sector regional más moderado, el gallego, que lo puso de relieve («Revista gallega», 28 de febrero de 1897). (V. la carta a GÜELL en «Memòries literàries de Narcís Oller», pág. 163-4 y el discurso académico en «Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. José María de Pereda». Madrid, Viuda de Tello, 1897. La contestación de GALDÓS, defendiendo la novela ciudadana como genuinamente nacional en las págs. 45 y ss.)

12 En el verano de 1884 hallándose en la «tierruca», PÉREZ GALDÓS planeó un viaje al país lusitano con PEREDA y el financiero santanderino Andrés CRESPO. El proyecto se realizó en la primavera de 1885. Al regreso —ya solos PEREDA y CRESPO—se detuvieron en Oviedo para que el primero conociera personalmente a «CLARÍN» y le mostrara su agradecimiento por el elogioso artículo que publicó a propósito de «Sotileza». Con ALAS se desplazaron a Covadonga.

Véase en «La Ensalada» (Madrid, 7 de junio de 1885) el trabajo de GUEVARA rotulado «Al Sr. D. José María de Pereda en Portugal». Ecos del viaje los hallamos en las cartas de PEREDA a GALDÓS (V. Soledad ORTEGA en «Revista de Occidente») y en el «Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo» (por Mª Fernanda de PEREDA, con prólogo y notas de Enrique SÁNCHEZ REYES).

13 Narciso OLLER Y MORAGAS. Novelista español n. en Valls (Tarragona) en 1852 y m. en 1931. Estudió el Bachillerato y la carrera de Derecho en Barcelona, licenciándose en 1873 y ganando por oposición dos años más tarde una plaza de oficial de secretaría de la Diputación provincial de la misma ciudad, en la que fijó su residencia con objeto de abrirse camino. Como certeramente observa GAZIEL (Agustín CALVET) en su aludido Prólogo a las «Memòries literàries de Narcís Oller», éste fue un hombre de suerte extraordinaria. Era primo hermano del inteligentísimo José YXART Y MORAGAS quien le llevó a remolque por los cenáculos y parnasillos que hacia 1870 constituían un sano brote que no dejaba que se pudriera del todo

en Barcelona una sociedad en pleno proceso de descomposición. Pronto entabló conocimiento con Juan SARDÁ, quedando establecida una trinidad de amigos—Yxart, Sardá y Oller—que había de durar tanto como la vida breve y malograda de los dos primeros. Intelectualmente el menos dotado de los tres era OLLER y, sin YXART y SARDÁ, es posible que no hubiera escrito cosa mayor y que lo hubiera hecho en castellano. En tal lengua oficial escribió sus colaboraciones en *La Miscelánea*, *El Siglo Literario* y *El Tío Camueso*. En este último semanario (editado por el padre de Eduardo MARQUINA) publicó su primer trabajo—«Un viaje de placer»—con el seudónimo de *Plácido*, mientras que en el periódico satírico *La Bomba* acreditó durante bastante años el de *Espoleta*. Sus compañeros de oficina Enrique FREIXA (futuro director de *La Nación*, de Buenos Aires) y Joaquín RIERA Y BERTRÁN, junto con YXART, le presentaron en 1877 a la tertulia de literatos catalanes que se reunía en el Café Español de la Plaza Real. En el mismo año asistió al banquete celebrado en honor de los escritores galardonados en los Juegos Florales que estuvo presidido por el general ROS DE OLANO. En semejante asamblea se consideró a sí mismo una nota discordante y se prometió «escribir algo en lengua catalana que le permitiese no sentarse más en aquella mesa en calidad de intruso». Desde entonces fue cariñosamente acogido en *La Renaixença*, inaugurando su tarea periodística en catalán al publicar una serie de artículos sobre «Las Arts en la Exposició de París» (1878), que había visitado con su primo y con cuya colaboración los escribía, razón por la que iban firmados por las letras O. Y. (Oller-Yxart). Este y SARDÁ le impulsaron a colaborar en *La Vanguardia*, susceptible de ser convertido en un gran diario barcelonés siguiendo las consignas de su nuevo director (el ya aludido Modesto SÁNCHEZ ORTIZ).

La lectura de *Evangelina*, de LONGFELLOW, y de *Une page d'amour*, de Emile ZOLA acabó de definir su vocación literaria; supo OLLER paladear la poesía que rezumaban algunas situaciones de ambas obras al mismo tiempo que desechaba las náuseas del feroz y crudo naturalismo. El primer fruto de semejante selectividad fue *Croquis del natural* (1879), escrito, como declaró modestamente su autor, «con el exclusivo objeto de poseer un título, bueno o malo, que le quitara el carácter de intruso en los futuros banquetes de los Juegos Florales». Desde 1880 prosiguió su asidua colaboración en revitas como *La Renaixença La Ilustració Catalana*, *El Eco de Valls*, *La Veu de Catalunya* y otras, y, desde los Juegos Florales de aquel mismo año en los cuales fue galardonada su novela «Sor Sanxa»—como después su «Isabel Galcerán» (1882) y su «Vilaniu»—hasta que en 1912 le adjudicaron el premio FASTENRATH por su «Pilar Prim», su producción fue copiosa (no ceñida únicamente a la novela catalana, sino traduciendo o arreglando para la escena las más selectas obras del teatro italiano, inglés, ruso y polaco).

Después de «La Papallona» (escrita en 1880 y publicada en 1882), traducida al francés por el excelente hispanista Albert SAVINE y precedida de una carta-prólogo de ZOLA, el camino se presentaba tan despejado y prometedor que, en 1881, abandonó la oscura carrera de funcionario de la Diputación Provincial de Barcelona para establecerse en Madrid como procurador de los tribunales y dedicarse más de lleno a sus aficiones literarias. De esta época datan: «L'Escanyapobres»—vertida al castellano por Rafael ALTAMIRA (1884)—; «Vilaniu» (1885)—obra desigual pero con fragmentos de los mejores salidos de su pluma; «La febre d'or» (1890-92), en opinión de GAZIEL su máquina novelística más ambiciosa: «La Bogería» (1889), estudio de un caso clínico; «Pilar Prim» (1904), su última novela.

Aunque el tema de «La febre d'or» es el mismo que ZOLA trata en «L'Ar-

gent», la intención es muy distinta. Esta diferencia entre la labor de uno y otro fue puesta de relieve por un nihilista ruso llamado TIKKOMIROFF, conocido por OLLER cuando estuvo en París en 1882, tras el éxito de su «Papallona»: «Demos a Zola un hombre y no parará hasta hallar la bestia; demos una bestia a Oller y no parará hasta hallar el alma». Según GAZIEL, Oller no fue *naturalista*, ni siquiera *realista*, sino *verista* (en esto coincide con PEREDA que siguió siempre la proposición de que «el arte es la verdad»). «¿Cómo diablos podía ser Oller—dice—un rebelde y un revolucionario, si era un buen burgués barcelonés, perfectamente conformista en todo, menos en el punto flaco del centralismo, y predestinado a ser un admirador y un votante sincero de la *Lliga Regionalista?*». (La *Lliga*, órgano moderado de la burguesía regionalista catalana, estuvo dirigida por Francisco de Asís CAMBÓ, que llegó a una conjunción con don Antonio MAURA—1907-1909—y que al cabo quedó desbordada por los sucesos de agosto de 1917).

Felipe Benicio Navarro y Luis Alfonso trasladaron del catalán al castellano muchas de las obras de OLLER (V. las cartas de Pereda a Galdós recopiladas por Soledad Ortega. Don José disuade al canario de convencer al autor de las «Notas de color» para que escribiera en la lengua de Cervantes).

Fue en 1882 cuando PEREDA, por medio de Apeles MESTRES—enviado a Polanco por la editorial «Arte y Letras» de Barcelona, cuyo director artístico era YXART, con objeto de sustituir a Enrique MELIDA en la ilustración de «El sabor de la tierruca»—tuvo referencias exactas sobre las esperanzas puestas por muchos en OLLER. El dibujante, a su regreso, solicitó de éste un ejemplar de «La Papallona» para enviárselo a don José María que estaba impaciente por conocer los méritos del catalán ponderados también por aquella prensa. OLLER entregó a Apeles el libro con una cariñosa dedicatoria autógrafa y, como se retrasara la respuesta del hidalgo montañés, en 13 de enero de 1884 se decidió a escribir a PEREDA directamente. Contestóle éste desde Santander (25 de enero de 1884) elogiando los «Croquis del natural» y las «Notas de color» y deshaciendo involuntarios equívocos surgidos por causa de MESTRES. En 5 de mayo de 1884 PEREDA comunicó a OLLER que dentro de poco tendría el gusto de conocerle personalmente y darle un abrazo en Barcelona. El encuentro de entrambos no se produjo en la Estación ni en el Hotel Falcó, sino paseando por la Rambla don José con su esposa y su cuñada. El catalán le reconoció por sus gruesos quevedos y su inconfundible fisonomía cervantina. Así se consolidó una amistad permanente truncada en 1906 por la muerte del autor de «Sotileza». Tan excelente fue el juicio que le mereciera que en carta a don MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (Santander, 3 de noviembre de 1884. «Epistolario...», págs. 84-85) le recomienda: «Probablemente te enviará, por consejo mío, todas sus obras el catalanista Oller, que pondría sobre su cabeza un juicio tuyo sobre aquéllas. Supongo yo que en el libro que escribas sobre Milá hablarás algo de la influencia ejercida por su enseñanza en aquella juventud que le rodeaba por las noches en el café de Pelayo, y cuyas obras va publicando *La Renaixença*. Buena ocasión para decir algo del novelista Oller, por cuyas obras tengo verdadera pasión y cuya persona vale todavía más que sus obras».

OLLER se desvivió en 1892 con motivo del traslado de PEREDA a Barcelona para mantener los «Jocs Florals». En justa correspondencia éste le invitó a su casa de Polanco durante el verano de 1893, acudiendo el catalán acompañado de su hija María (homónima de la de don José, ambas intimaron mucho). Aun en la cúspide de su gloria—no muy difícilmente escalada—necesitó OLLER el apoyo moral de YXART y de SARDÁ. Cuando al regreso de aquella jira estival por la Montaña el Dr. SOJO le comunicó

en la Estación del Norte de Barcelona que el primero de sus dos inseparables amigos, su primo YXART padecía una tisis laríngea de inminente y fatal desenlace (de la que en vano intentó convalecer aquel estío en el balneario francés de Eaux-Bonnes), OLLER se sintió misteriosamente amenazado y cuando también murió SARDÁ quedó realmente anonadado. El «maestro» lo relata muy bien en sus «Memòries». Únicamente, ya en su senectud, le quedó el consuelo de la redacción de las mismas, intituladas por él «Historia dels meus llibres i relacions literàries», a las cuales dió forma de epístolas dirigidas a *Victor Català* (Catalina ALBERT PARADÍS, la escritora catalana autora de «Solitud»).

14 Manuel de PEREDA Y SÁNCHEZ DE PORRÚA. Era mayor que don José. En su juventud había emigrado a Cuba donde fue asistente en La Habana de Juan Agapito—el primogénito de la numerosa prole, 22 hijos, engendrada por don Juan Francisco de PEREDA y doña Bárbara SÁNCHEZ de PORRÚA.—A su regreso fue consocio con el novelista y un cuñado de ambos (Inocencio GUTIÉRREZ CALDERÓN) de la fábrica de jabones y perfumes «La Rosario». Con su hermano Manolo, activo miembro de la Junta tradicionalista de Cantabria coincidía don José en lo extremado de las ideas religiosas y políticas (un carlismo exacerbado que en el escritor se fue atenuando con el paso del tiempo).

15 El año de 1885 se presenta en la Historia de España con visos casi apocalípticos. En diciembre del anterior y en la primavera del mismo las provincias de Granada y Sevilla sufrieron varios terremotos de importancia que motivaron graves daños. A su vez la epidemia del cólera causó tan gran mortandad que se calculan en 500 ó 600 las víctimas diarias que originaba. Alfonso XII tuvo el humanitario gesto de hacer caso omiso de las observaciones de su gobierno y visitar a los coléricos en el Hospital Civil de Aranjuez; para ello abandonó el Palacio de Oriente simulando un paseo por el Retiro. A su regreso a Madrid todas las clases sociales le aclamaron. Sin embargo, tal popularidad resultó efímera, pues en 25 de noviembre de aquel 1885 fallecía el joven soberano en el Pardo, víctima de la tuberculosis que venía padeciendo. Dejaba sin solucionar el conflicto de Las Carolinas surgido con Alemania y casi planteado un problema sucesorio. El fantasma de la inminencia de otra posible guerra carlista cobraba cuerpo en tanto que el trono de España no contase con un heredero varón. La Regente D.ª María Cristina de HABSBURGO había quedado encinta y en 17 de mayo de 1886 el nacimiento de Alfonso XIII contribuyó a la ratificación del mecanismo político puesto en marcha por CÁNOVAS y SAGASTA mediante la inteligencia mal llamada «Pacto del Pardo» (que no fue un convenio escrito).

16 Se refiere a «La Montálvez», novela de costumbres cortesanas que apareció en enero de 1888.

17 Nueva alusión al azote del cólera. Existió en 1885, en verdad, una psicosis de angustia colectiva (como posteriormente en 1898).

18 En Puigcerdá, villa de la provincia de Gerona enclavada en medio del llano de la Cerdaña—de la que se considera capital—solía pasar Narciso OLLER y MORAGAS los meses estivales con su esposa Esperanza RABASSA Y PONT y los hijos de ambos. Allí acudía su primo José YXART Y MORAGAS.

19 José YXART, excelente escritor y crítico literario al que hemos hecho repetidas alusiones—en cierto modo su vida y la de OLLER son paralelas—. Había nacido en Tarragona en 1853 y falleció en 1895. En su ciudad natal cursó el Bachillerato y en Barcelona la carrera de Derecho

que ejerció poco tiempo, pues sus aficiones literarias obtuvieron su más decidida preferencia. Conocedor de los clásicos castellanos, estudió con ahinco las literaturas extranjeras al mismo tiempo que hacia 1877 frecuentaba con OLLER las peñas y tertulias de los escritores del renacimiento catalán. El género dramático fue la manifestación literaria que más le atrajo. En el semanario «Miscelánea» publicó en 1874 un documentado estudio sobre el teatro catalán, esbozo de un tratado magistral sobre el mismo tema («Lo teatre catalá: Son passat, present i porvenir») que fue premiado en los Juegos Florales de Barcelona en 1879. Por estos años escribió varias poesías en la lengua vernácula que figuran en sus «Obres catalanes» prologadas por Juan SARDÁ. Le fue confiada, primeramente, la dirección artística de la «Biblioteca Arte y Letras» y de la «Biblioteca Clásica», después. En 1886 comenzó la publicación de una serie de tomos en que, con el título «El año pasado», iba analizando con brillantez e imparcialidad todo los acontecimientos artísticos o literarios; (1886-90). Tradujo al verso castellano las mejores poesías de Ángel GUIMERÁ que prologó extensamente (1888). En «La Vanguardia» publicó una serie de estudios sobre «El arte escénico en España» que coleccionó en un volumen en 1893. Es esta su obra de mayor mérito; en ella se observa una prosa castellana modelo de estilo, casticismo y espontaneidad (buen ejemplo de la posibilidad, como en el caso de Teodoro LLORENTE OLIVARES, de un depurado bilingüismo). Fue presidente del Ateneo de Barcelona, socio de número de la Real Academia de Buenas Letras de la misma ciudad y mantenedor de los «Jocs Florals» en 1885 y 1886 (V. Joan SARDÁ: «Necrología de don José YXART Y MORAGAS». Barcelona, 1897).

20 Joaquín RIERA Y BERTRÁN. Escritor y jurisconsulto (n. en Gerona en 24 de enero de 1848 y m. en Barcelona en 1924). En 1876 ganó por oposición una plaza de oficial mayor de la Diputación de Barcelona que desempeñó por espacio de treinta y tres años. Como poeta supo cantar las bellezas, tipos, costumbres y sitios del Ampurdán, siendo proclamado «Mestre en Gay Saber» en los Juegos Florales de Barcelona de 1890 y actuando de mantenedor en ellos en 1900 y 1902. Como periodista fue redactor de *La Renaixença*, *La Gramalla*, *Lo Gay Saber*, *La Ilustració Catalana*... etc.

21 Francisco MIQUEL Y BADÍA. Escritor y crítico n. en Barcelona en 1840, en cuya Universidad cursó la carrera de Derecho. En 1862 contribuyó a la creación del semanario artístico-literario «El Recuerdo». En 1866 ingresó en la redacción del «Diario de Barcelona» (que lo acreditó sobremanera su director don Juan MAÑÉ Y FLAQUER). Colaboró en «La Ilustración Española y Americana» y en «El Mundo Ilustrado». En su ciudad natal ejerció el cargo de secretario de la Escuela de Bellas Artes en la que desempeño la cátedra de teoría e historia de las artes industriales. A su muerte (28 de mayo de 1899) todos los objetos de su colección artística particular pasaron a ser propiedad de don Emilio CABOT.

22 La presente carta inédita de PEREDA a Joan SARDÁ (cuyo borrador autógrafo se encuentra en la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander) fue incluída en el tomo quinto de mi tesis doctoral. He tenido la satisfacción de poder proporcionar una copia mecanografiada de la misma al excelente crítico don José F. MONTESINOS, quien le ha dado su justo valor al citarla y comentarla en un ápendice a su nueva edición de «Pereda, o la novela idilio», demostrando—según me afirma en una de sus misivas—que ella tiene un gran interés psicológico pues aunque don José pretende ser sincero en cuanto dice a SARDÁ no logra conseguir tal propósito.

DOS CARTAS AL PERIODISTA NAVARRO

FEDERICO URRECHA

Santander, 3 de Marzo de 1888.

Sr. D. Federico Urrecha [1]

Muy Sr. mío y distinguido compañero:

Por la brecha que se abrió ayer en la nieve de estos puertos divisorios de Castilla, pasó con los correos detenidos allí su gratísima carta del 24 de febrero, cuya contestación no quiero aplazar *para mañana*, siguiendo la tradicional costumbre española, entre otras razones muy respetables porque no merece tal descortesía persona a la que yo tengo en harto mayor estima que lo que a V. se le figura, a juzgar por sus modestas salvedades que me hace al escribirme. Precisamente acababa yo de leer muy pocas horas antes de recibir su carta, un precioso boceto publicado por V. en el último número del «Madrid Cómico», el cual boceto me había traído a la memoria otros cuadritos del mismo género dados a leer en «El Imparcial» [2] en estos últimos tiempos. Si V. supiera la idea que tengo yo formada de esas delicadísimas pinturas que sólo V. sabe hacer, tan frescas de color, tan sobrias

[1] Escritor nacido en San Martín (Navarra) en 1855. Estudió el Bachillerato en Madrid y en 1873 ganó por oposición una plaza en el cuerpo pericial de Aduanas en el que desempeñó altos cargos.

[2] En 1885 y como consecuencia de haberle premiado «El Imparcial» su novela «El corazón y la cabeza», este periódico llamó a URRECHA a su redacción a la que perteneció hasta 1903, pasando después a la del «Heraldo de Madrid». Posteriormente se trasladó a Barcelona donde fue redactor de «El Diluvio» durante más de veinte años. Sus trabajos periodísticos, como todas sus obras, se caracterizan por su gracejo y estilo castizo. Publicó «El vencejo de Burgaleda» en 1887 y los «Cuentos del vivac» en 1892 (2.ª edición en 1906). V. «Cartas de Pereda a José María Quintanilla» (Polanco 4 de noviembre de 1888 y Santander 21 de diciembre de 1888. B.B.M.P. Año XLIV. Santander, 1968, núms. 15 y 16 y nota 102). Enlace en las incipientes relaciones entre PEREDA y URRECHA fue el impresor de «La Tertulia» y de «La Revista Cántabro-Asturiana» Francisco MAZÓN, establecido en Madrid como corredor de libros. Don José envió al periodista navarro una fotografía dedicada—de las que le hizo Zenón—y aquel no desaprovechó la ocasión de suscribir al polanquino a «Los Madriles».

y expresivas de detalles y tan ricas de luz, no me haría el agravio de temer, como teme, que al leer yo la firma de pintor tan de mi gusto, me pregunte: «¿Quién es ése?». Auque recluído y agreste, no tanto, Sr. Urrecha, que se me escapen cosas de tanto bulto como esas y otras pocas. Con esto le digo algo de lo mucho que estimo su atento saludo, y lo honrada que se creería mi novela [3] con los párrafos impresos que V. la promete... y que no se publicarán seguramente, porque en nuestra *benemérita prensa periódica* no hay ya espacio para esas niñerías. En otros tiempos, solía consagrarse alguna atención a los libros cuando las cuestiones políticas y teatrales, no siendo muchas las noticias callejeras, dejaban un rinconcito libre en el periódico; pero desde que ha habido que tomar por lo serio la vida doméstica de las gentonas de copete y las sahuman a diario los «Asmodeos» [4] ¿qué papel que en algo se estime acepta media docena de cuartillas referentes a una novela si, a mayor abundamiento, no canta ésta en el tono de aquellos graves señores de la crónica elegante? Hay que ponerse en todos los casos y tomar los tiempos como vienen. Gracias, pues, por la intención contando con que el asunto no pase de ahí; y por de pronto venga ese libro que me tiene reservado [5], ya que para esto no hay otro obstáculo que la indisculpable modestia de V.

Entretanto, aprovecho gustosísimo esta ocasión que inmerecidamente me ha proporcionado V. para ofrecerme con la mayor sinceridad como su más atento amigo y afectuosísimo compañero q. b. s. m.

J. M. DE PEREDA

---

[3] «La Montálvez» (1888) en la que PEREDA fustiga las costumbres depravadas de la «élite» social de Madrid.

[4] Se refiere a los cronistas de sociedad, haciendo a todos ellos extensivo y genérico el seudónimo utilizado más asiduamente por Ramón de NAVARRETE Y FERNÁNDEZ LANDA (n. en Madrid en 1818 y m. en 1897). A los quince años ingresó en la Imprenta Nacional como redactor de la «Gaceta». Llegó a desempeñar la dirección de «La Época» al fundarse en 1847 «La Ilustración Española y Americana». En aquellas columnas acreditó otros nombres como gacetillero de la aristocracia cortesana: «Pedro Fernández», «Leporello», «Mefistófeles», «José Núñez de Lara y Tavilla», «Marqués de Valle Alegre»...

[5] «El vencejo de Burgaleda», 1887. Le habían precedido «Drama en prosa» (1885), «Después del combate» (1886) y «La hija de Miracielos» (1886).

Santander, 17 de Marzo de 1888.

Sr. D. Federico Urrecha.

Madrid.

Muy Sr. mío y estimado amigo:

Como me lo anunciaba V. en su grata del 6, llegó con ella el ejemplar de su novela «El Vencejo de Burgaleda»; y no sé si por lo ponderado de la escabrosidad del fondo, no me ha parecido este de más feo color que el que ahora priva entre «el elemento joven» de la literatura amena, fruto de ciertas aficiones que se pierden con los años y hasta con el cambio de «clima». De todas suertes, soy tolerante, aunque otra cosa le hayan dicho a V. de mí, y particularmente en materia de arte. Si la obra es mala, poco importa que la haya hecho un santo; al paso que si es buena, no dejará de serlo porque proceda del diablo mismo. Esto es de sentido común; aunque no se practique a diario por la crítica que más alardea de despreocupada.

Hecha esta salvedad, como respuesta a la de V., dígole que la novela me ha gustado mucho por su «factura», como ahora se dice, y me parece tan bien «hablada» como «sentida».

Reciba, pues, con las debidas gracias, un fuerte aplauso, sin reservas.

Al final del libro, y entre las obras «en preparación», veo una con el título de «Cuentos de Vivac» [1] («episodios militares»). Esa debe ser «la mía». Entre esos episodios deben estar los que yo he leído en «El Imparcial», y, por consiguiente, uno que me causó hondísima impresión por su belleza conmovedora. Tratábase,

---

[1] Aunque PEREDA escribe «Cuentos de vivac» se titulan «Cuentos *del* vivac». Fueron coleccionados en libro en 1892 (2.ª ed, 1906). Otras obras de URRECHA son: «El rehén de Patuco» (1889); «Tinita» (1889); «El mausoleo, agencia funeraria» (1889); «La estatua, cuentos del lunes» (1890); «Pepito Melaza, apuro cómico» (1891); «Tormento» (1892); «Siguiendo al muerto» (1894); «Veinte días en Italia» (1896); «Agua pasada, cuentos, bocetos, semblanzas» (1897); «El teatro, apuntes de un traspunte» (Barcelona, 1900) y «Paisajes de Holanda» (1913).

si no recuerdo mal, de un escuadrón «olvidado» durante una batalla en las nieves de Vitoria o algo así, y que a última hora rompía las filas enemigas, enrojeciendo con su sangre la nieve del campo de sus proezas.

Aquello era muy hermoso, o yo no estaba en mis cabales cuando lo leí. De cualquier modo, en la manera de pintar esos cuadros es V. una especialidad; y sin caer en la tentación de aconsejarle que no haga otra cosa, porque valdría tanto como contribuir voluntariamente a su amaneramiento, y aún al hastío de sus lectores, tengo a esas obras por las más geniales de V., y, por ende, por las mejores, sin que esto implique merma de lo buenas que en absoluto puedan ser las demás.

Ya me habrá visto V. retratado por el amigo Ortega Munilla [2], en «El Imparcial» del lunes último, y con pretexto de lamentarse del poco caso que hace la crítica madrileña de obras como «La Montálvez» [3]. Está bien aquello, y hasta «me gusto»

---

[2] Periodista y literato español n. en 1856 en Cárdenas (Cuba), donde su padre ejercía importante destino. En su infancia vino con su familia a España y en Madrid inició sus estudios que prosiguió en el Seminario Conciliar de Cuenca y en el Tridentino de Gerona. La revolución del 68 terminó con la vocación sacerdotal de ORTEGA MUNILLA. Siguió los cursos de Jurisprudencia en la Universidad Central e ingresó como redactor de «La Iberia» (órgano político de SAGASTA). Con Miguel MOYA fundó la revista literaria «La Linterna» y «El Chiclanero», periódico taurino. En mayo de 1879 entró en «El Imparcial», permaneciendo en él hasta 1910 como director de la hoja literaria «Los Lunes» cuya objetividad fue ponderada por Fray Ceferino GONZÁLEZ que también colaboró en ella: «Este es campo libre, por eso entró en él sin tener que remangarme los hábitos». El que ORTEGA MUNILLA alabase incondicionalmente «Sotileza» y prefiriese eludir una crítica seria respecto a «La Montálvez» comprueba este aserto. En «Los Lunes» de *El Imparcial* (23 de febrero de 1885) ORTEGA celebró la aparición de la novela callealtera en un encomiástico artículo titulado «Al Sr. D. José María de Pereda»; recordando la manifiesta hostilidad del polanquino a la crítica madrileña, le decía: «¡Usted, que tiene encadenada a aquella señora con el mérito de sus escritos, no puede zaherirla sin cometer un pecado!». Las vicisitudes hasta la salida de «La Montálvez» (1888) pusieron a PEREDA en un estado de nerviosismo y susceptibilidad y, por ello, en las reticencias —omisiones o restricciones mentales— de «Los Lunes» de *El Imparcial* (12 de marzo de 1888) creyó ver una «cursilada con fondos malévolos», cuando en realidad no se trataba más que de la elusión de un juicio definitivo sobre esta obra. (El mismo MENÉNDEZ PELAYO no quiso hacer el suyo en esta ocasión expreso en letra de molde y sólo lo conocemos por las cartas privadas que escribió a don José: Madrid, 4 de febrero de 1888 y Madrid, 17 de Marzo de 1888: «Epistolario...» núms. 74 y 77, págs. 104-107 y 110).

[3] PEREDA se quejó repetidamente del trato que ORTEGA MUNILLA deparó a «La Montálvez». (V.: «Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo»,

en la fantástica silueta de figura de tapiz viejo, con mi «verde gabán» y todo. Cierto que no se habla una palabra de mi novela; pero, en cambio, se me pinta enamorado de la «zafia compañía», de la «brutal» conversación y de la «grosería» de los chistes de mis convecinos, y se mencionan las «sandeces» que tanto abundan en mis «Escenas montañesas», modestísimo libro publicado 24 años ha, ayer como quien dice, y váyase lo uno por lo otro, que no deja de ser elocuente, tratándose de una novela de costumbres del gran mundo escrita por el retratado personaje en ella [4].

CARTA A DON TORCUATO LUCA DE TENA

Santander, 2 de marzo de 1899.

Sr. D. Torcuato Luca y Tena [1].

Muy Sr. mío: Tengo el sentimiento de responder a la invitación con que me favorece en su grata carta del 24 de febrero que no

---

Santander 21 de marzo de 1888, núm. 78, págs. 111, 112; «Cartas a Galdós» por Soledad ORTEGA, Santander 30 de marzo de 1888, pág. 129 y «Cartas de Pereda a José María Quintanilla», Santander 21 de marzo de 1888, núm. 14, págs. 207-8).

[4] Estos dos borradores autógrafos tienen gran interés en cuanto que reflejan el modo de alentar PEREDA a URRECHA para que cultivara con especial mimo los cuadros costumbristas ubicados en los escenarios naturales de la geografía vasco-navarra — como los «Cuentos del vivac» — viniendo así a fomentar aquel regionalismo. En cambio, se nota que las obras por éste acometidas como género narrativo mayor y con tendencia naturalista no son del agrado de don Jose María. También procedió así con Salvador Rueda, autor de escenas y cuadros costumbristas andaluces («El patio», «La reja» y «El gusano de luz»). Una crítica de URRECHA sobre «Peñas Arriba» (1895) en la cual mal identificaba al «Sordo de Provedaño» con el propio autor malhumoró al equivalente real del personaje, don Ángel de los Ríos y Ríos. Creyóse injuriado por el calificativo de «hidalguete» y pensó que «*aquel Agua la casa*» (traducción literal del apellido vascuence URRECHA) debía personificar lo más antipático de este regionalismo (cuando en realidad fue un «hospiciano más de la metrópoli», uno de esos muchachos emigrados desde la periferia a Madrid donde se ganaban modestamente el pan como periodistas, en una palabra, «un chico de la prensa» como los tan vapuleados por nuestro autor en el «Palique» de «Nubes de estío» (1891) y como el propio protagonista de «Pedro Sánchez» (1883).

Ambos borradores, que creo inéditos, se conservan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo; el de la segunda epístola, inacabado, hace sospechar si la carta fue o no echada al correo y por tanto si llegó a su destino.

[1] Torcuato LUCA DE TENA Y ÁLVAREZ OSSORIO. Periodista n. en Sevilla en 1861. Pertenecía a una de las familias más acaudaladas de aque-

me es posible aceptarla por lo que tendría de «compromiso» para mí. Si siempre temí de las de este género por el temor de no poder cumplirlas, considere V. lo que me sucedería hoy con la holganza en que vivo casi olvidado ya con la pluma con que tanto he pecado en el campo de las letras.

Gracias mil, sin embargo, por la delicada atención y esté seguro de que si andando los días le remito «algo» de lo que desea, no hemos de reñir por el precio de ello.

Reciba entretanto mi enhorabuena por el incremento que ha alcanzado su popular revista «Blanco y Negro» [2] y hágame el obsequio de manifestar de mi parte al muy excelente Calixto María lo oficialmente reconocido que le estoy por la gran merced que ha hecho a mi afortunada «callealtera» en el n.° 408 de «Blanco y Negro» [3]. Es un precioso dibujo hecho con amor de artista y has-

---

lla ciudad en que cursó sus primeros estudios que más tarde completó en Madrid. Cuando no contaba todavía doce años de edad fundó un semanario infantil que intituló «La Educación». Durante toda su vida se dedicó a esta vocación de organizar periódicos y revistas valiéndose de establecimientos tipográficos a los que dotó de los últimos adelantos técnicos. Para ello viajó mucho por Europa pasando largas temporadas en Suiza, Alemania y Francia. Su gestión como presidente de la Sociedad de Prensa Española le valió la gran cruz de Isabel la Católica, y su fidelidad a la monarquía alfonsina—de la que fue entusiasta propagandista desde las columnas de sus periódicos—le fue recompensada con la de Alfonso XII. Como político figuró en el partido liberal independiente y fue diputado por Martos (legislaturas de 1893, 1898, 1899 y 1901), senador por Jaén (1903 y 1905) y por Sevilla (1907), alcanzando con posterioridad una senaduría vitalicia.

[2] Publicó LUCA DE TENA el primer número de «Blanco y Negro» en 10 de mayo de 1891. La revista causó gran sensación en la prensa ilustrada y llegó a ser uno de los primeros periódicos artísticos de España. Después fundó «ABC» (1.° de enero de 1903), de tendencias políticas monárquicas y conservadoras, uno de los diarios de mayor circulación en la Península. Se le deben también las siguientes publicaciones: «Hispania», «Actualidades», «El Teatro», «Los Toros», «Gente Menuda» y el semanario satírico «Gedeón» cuya propiedad compró.

[3] En el número 408 de «Blanco y Negro» (Madrid, 25 de febrero de 1899. Administración C/ Serrano, 43) y en la sección titulada «Creaciones femeninas» aparece un precioso dibujo del pintor Cecilio PLÁ Y GALLARDO (n. en Valencia en 1860) que representa a Sotileza, adolescente, remendando una red frente a la puerta de una casucha cercana al mar. Le acompañan, a pie de página, las palabras de tío Mechelín: «Y a todo esto, finuca ella; finuco el su andar, finuco el su vestir, aunque el vestir sea pobre; la mesma seda cuanto hacen sus manos, y limpio como las platas el suelo por onde ella va y el rincón en que se meta... que es asina de natural, vamos. Y lo que yo le digo a Sidora cuando me empondera la finura de cuerpo y la finura de obra del angeluco de Dios: «Esto, Sidora, no es mujer; es una pura *Sotileza*»... ¡Toma!, y que así la llamamos ya en casa: Sotileza arriba,

ta podría ser un excelente retrato excepto por el color de gitana que Sotileza no tenía y algún que otro detalle de escasa importancia en lo accesorio. [4].

Tengo siempre gusto en (....) [5] en V., atentamente le saluda y besa su mano.

J. M. DE PEREDA [6].

CARTA AL MÉDICO Y LITERATO
DON JAVIER LASSO DE LA VEGA
Santander, 27 de Marzo de 1902.

Sr. don Javier Lasso de la Vega [1].

Muy Sr. mío de mi mayor estimación:

He tenido el gusto de recibir la inmerecida carta con que V. me favorece y la agradezco en el alma no solamente por su contenido, tan lleno de bondades para mí, sino también porque me da motivo para confirmarle directamente lo que de mi parte le habrá manifestado nuestro común amigo, el Dr. Selva, en disculpa de mi comportamiento con V.

Si ha sido, como lo doy por hecho, fiel intérprete de mis declaraciones, le habrá dicho cuáles eran los motivos de mi silencio después de haberle prometido a V. darle mi franca opinión sobre

---

y Sotileza abajo, y por Sotileza responde ella tan guapamente. Como que no hay agravio en ello, y sí mucha verdá...»

[4] Además de este dibujo de PLA apareció también en «Blanco y Negro» un grabado con el título de «Páginas veraniegas. Sotileza». Se debe al pintor Juan MARTINEZ ABADES (n. en Gijón en 1862 y m. en Madrid en 1920).

[5] Ilegible.

[6] Esta carta, muy sugestiva, pues nos revela el aislamiento voluntario de don José tras las dos catástrofes (suicidio de Juan Manuel e incendio del «Cabo Machichaco») que truncaron sus posibiliades literarias y todas sus ilusiones—más que el ataque de hemiplejía sufrido en Jerez—fue dada a conocer en el diario «ABC» por don José María de COSSIO. La cita MONTESINOS en su isuperable monografía «Pereda, o la novela idilio» (pág. 306, nota 35).

su novela «Isaac» [2] tan pronto como la hubiese leído; que no es obra, con sus defectos y todo, merecedora de los desdenes de ningún lector que por culto se tenga, sino todo lo contrario, y que de esos defectos dos eran a mi juicio los capitales: 1.°) la naturaleza ingrata del ambiente foral eminentemente incompatible con la forma abominable de su Ayuntamiento en funciones de tal, con todas sus diversas réplicas, votos particulares y demás tecnicismos parlamentarios, asunto que sólo puede interesar a los que conozcan la clave que se ha puesto en la obra, [3] 2.°) que todos los personajes de ella hablen el mismo lenguaje altisonante en exceso y más propio de la cátedra o de la tribuna que de la novela; y, por último, que a pesar de ello había en la de V. muestras abundantes de su talento y de una buena observación poco comunes. Tal es el brevísimo resumen de lo mucho que hablé de la de V. en bien y en mal con el Dr. Selva, con lo que le demuestro que podré haber pecado de descortés siquiera en las impaciencias con el autor, pero no desdeñoso con su obra, meritísima en más de un concepto. Valga la verdad.

Tocante a la poesía que se ha servido V. regalarme impresa en una revista que acompañaba su mencionada carta, he de decirle con la misma franqueza que, después de leída con vivo interés, me ha parecido muy digna del premio que ha obtenido en los Juegos Florales de Zaragoza, a pesar de lo que me disgusta y eso que en el fondo de ella es bien pesimista y desconsoladora. Pero en las obras de arte para juzgarlas no hay que prescindir de los ingredientes de los que se ha valido el artista para darles forma.

Y ahora, más tranquila mi conciencia con la confesión directa de mi pecado, y después de repetirle las gracias por las muchas deferencias y atenciones que le debo, sírvase aceptar de buena gana la cordialidad más vehemente que queda de V. admirador y amigo que desea servirle y besa su mano.

J. M. DE PEREDA

NOTAS

1 Javier LASSO DE LA VEGA, poeta, novelista, médico y orador. Nació en Sevilla y allí murió en 23 de marzo de 1911. Fue catedrático de Patología Infantil en la Facultad de Medicina de la Universidad hispalense. Perteneció a la Academia de Buenas Letras de su ciudad natal y ejerció también la presidencia de la Real Academia de Medicina de la misma. Como orador no servía para desahogarse en un mitin callejero sino que su figura, su léxico altisonante y su dialéctica reclamaban la tribuna, la academia, la cátedra o el Ateneo y un auditorio culto. Entre otras, se le deben las siguientes obras: «El genio y la inspiración, estudio psicológico» (Madrid, 1884); «La ciencia y el arte» (1886); «Biografía y crítica de Nicolás Monardes» (Sevilla, 1891); «Lucrecia de Monterrey», novela (Sevilla, 1909); «Federico Rubió: discurso necrológico» (Sevilla, 1903); «El feminismo», discurso (Sevilla, 1905); «España en Sevilla», discursos (Sevilla, 1908); «Vidvan», poema y «Evocaciones», poesías(1905). Como científico escribió: «Concepto de fisiología general» (Sevilla, 1879) e hizo una traducción correctísima de las célebres lecciones de fisiología general y de patología experimental del francés Claude Bernard (Sevilla, 1879). Tanto éstas como el «Curso de filosofía positiva» de Augusto Comte, al incidir en el campo literario, ejercieron un marcado influjo en los novelistas naturalistas.

En las novelas de Lasso de la Vega se revela el fisiólogo y ello debía desagradar a PEREDA. Ambos entablarían contacto personal con motivo del viaje que en mayo de 1896 realizó don José por tierras andaluzas acompañado de su hija María. En Sevilla, cuyo gobernador civil Enrique LEGUINA Y VIDAL había sido cronista de Santander, fue agasajado por el eminente cervantista RODRÍGUEZ MARÍN—gran amigo de MENÉDEZ PELAYO—, por don Joaquín HAZAÑAS Y LA RUA—catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de aquella ciudad—, el escultor Antonio SUSILLO y otros ilustres artistas y hombres de letras. A tales tributos de admiración se sumaría LASSO DE LA VEGA. (V. «Cartas de Pereda a José María Quintanilla», núm. 41, notas 262 y 263 y núms. 42 y 43; «Cartas de Pereda a Sinforoso Quintanilla», núm. 4, notas 28, 29, 30). Para completar la semblanza de LASSO DE LA VEGA consúltese RUIZ DE ARTEAGA: «Discurso necrológico sobre....»

2 Apareció «Isaac» en Sevilla en 1900.

3 El afán de que los Ayuntamientos españoles gozaran de cierta autonomía lo reflejó PEREDA en «Peñas arriba». Aunque la novela apareciera en 1895, su acción se sitúa en 1870, fecha en que se respiraba en la atmósfera española un vivo anhelo de desarticulación política. En las regiones forales (N. y NE.: País Vasco, Navarra y Cataluña) es clara su concatenación con el carlismo. En el ámbito andaluz y levantino—singularmente en Cartagena—su móvil ideológico debe buscarse en los escritos de PI Y MARGALL hechos realidad con el cantonalismo anárquico de la Primera República. Sin embargo, al alborear y mediar la séptima década del XIX entraron en barrena tanto el federalismo de raíces proudhonianas y antimonárquicas (golpe de estado del general PAVIA) como el carlismo (campañas de los generales MARTÍNEZ CAMPOS y JOVELLAR y del propio Alfonso XII, trasladado exprofesamente al frente del Norte). El concepto centralista y *jacobino* de la política (puesto en práctica por Felipe V de Borbón con sus «Decretos de Nueva Planta» que abolían determinados fueros) triunfó al cabo sobre una concepción *girondina* de la misma (que encarnaba

su rival en la Guerra de Sucesión —1700-1713—Carlos de HABSSBURGO). En la terminología de la Revolución Francesa el *jacobinismo* equivale al centralismo—a hacer valederas y extensivas para toda Francia las directrices emanadas de su capital, París—; el *girondinismo* (vocablo derivado del departamento de la Gironda, cuyo centro es Burdeos), por el contrario, no ve en París más que la cabeza de uno de tantos departamentos franceses. Trasladados el símil y la nomenclatura a España (a Madrid y a nuestras provincias), resulta que, en general, vascos, navarros, catalanes, valencianos, mallorquines, murcianos, andaluces y gallegos son partidarios de la atenuación del poder central (girondinos), en tanto que los castellanos defienden a ultranza unos vínculos fuertes que aten a Madrid con el resto de las entidades provinciales españolas. Por su condición de mallorquín don Antonio MAURA mostró una gran comprensión respecto al problema regional como lo revela su Proyecto de Ley de Administración Local (1907-1909) que incluía cierta autonomía municipal. (Es de sobra conocido que MAURA apenas sabía hablar castellano cuando cursaba el primer año de la carrera de Derecho en la Universidad Central de Madrid; por este motivo sus compañeros le hicieron objeto de una *broma pesada* y los únicos que se solidarizaron con el *novato* fueron los hermanos de don Germán GAMAZO, Trifino y Honorio, sus futuros cuñados). A pesar de la convivencia de MAURA con el «leader» catalanista Francisco CAMBÓ y a causa de la obstrucción parlamentaria de los republicanos, demócratas y liberales dinásticos, tal proyecto jamás fue aprobado en las Cortes.

Es curioso que PEREDA (que repetidamente se había ocupado de la administración municipal y sus corruptelas: «Cuadros del país. El Concejo de mi lugar», «El tirano de la aldea»... etc.), en 1902—en que está fechada esta carta dirigida a LASSO DE LA VEGA—opine a este respecto (administración de los Ayuntamientos) de modo muy distinto a como lo hiciera años atrás, en 1895, por boca del *señor de la torre de Provedaño:* «... Yo le diría al Estado desde aquí: «Tómate, en el concepto que más te plazca, lo que en buena y estricta justicia te debemos de nuestra pobreza para levantar las cargas comunes de la Patria; pero déjanos lo demás para hacer de ello lo que mejor nos parezca; déjanos nuestros bienes comunales, nuestras sabias ordenanzas, nuestros tradicionales y libres Concejos; en fin (y diciendo a la moda del día) nuestra autonomía municipal, y Cristo con todos». («Peñas arriba», cap. XIV).

En la década 1870-80 coincidiendo con la doble crisis del federalismo (1872) y del carlismo (1876) las minorías intelectuales se fijan muy especialmente en la diversidad cultural de España. PI Y MARGALL en su obra «Las nacionalidades» (1876) recuerda que la unidad nacional no estriba en la unidad lingüística (evidenciado ello por el ejemplo de Suiza—una nación y cuatro idiomas—y de Austria-Prusia, dos naciones y una sola lengua germana o alemana). Un bienio más tarde el joven santanderino MENÉNDEZ PELAYO (estudiante de Filosofía y Letras en Barcelona, discípulo del gran MILÁ Y FONTANALS) en su programa de oposición a la Cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española de la Universidad Central se opondrá al exclusivismo del vocablo «lengua española» con que se designa a la castellana (como si la lengua catalana no fuera española, ni la gallega tampoco, etc... y hasta el mismo vascuence aunque sus probables orígenes se remonten al habla de los iberos). En 1870, pues, imperaban las ideas (pura utopía) de PI Y MARGALL y un regionalismo atenuado con tres vertientes: una histórico-cultural, sobre todo literaria, los estudiosos siguiendo los impulsos telúricos del Romanticismo hacen revivir la historia, las letras e instituciones de su región (en el caso de Santander uno de estos eruditos fue don Ángel de los Ríos, equivalente real del *señor de la torre*

de Provedaño); otra social, la burguesía financiera e industrial vasca y catalana—con intereses económicos proteccionistas a diferencia del resto del país—fomenta los entusiasmos literarios por sus respectivos dialectos vernáculos buscando así el apoyo de la clase media intelectual a sus fines; una tercera, política, promoviendo un reformismo basado en la autonomía que respete las diferentes idiosincrasias regionales. (Cada movimiento regionalista representa teóricamente la encarnación de esta triple confluencia aunque en forma más marcada o atenuada, según los casos: así el catalanismo, galleguismo, vasquismo, montañesismo, valencianismo....). Por el contrario, en los años 90, las posiciones regionales se radicalizarán (quedando atrás la década ideológicamente «moderantista» de 1870-80). De entonces (1892) data el programa conocido por «Bases de Manresa» elaborado por Valentín ALMIRALL Y LLOZER. Después vendrían el Coronel Francisco MACIÁ y la «ESQUERRA CATALANA». Esto, que ya lo presentían muchos, explica la timidez de PEREDA en su discurso de mantenedor de los Juegos Florales (de esa misma fecha 1892). Si bien don José en su obra montaraz («Peñas arriba», 1893-95) se permitió explayar su deseo de autonomía municipal tal y como lo sintiera en los años que siguieron a «La Gloriosa», la aparición del *fantasma del separatismo* (título de la obra de Antonio CORTÓN sobre el tema que nos ocupa) refrenó los entusiasmos regionalistas peredianos e hizo que juzgara la novela como terreno poco idóneo para la exposición de unas ideas políticas determinadas, escarceos que, según dice a LASSO, deberían acometerse más bien desde la tribuna de la prensa o del Congreso. (Lo cual suponía en cierto modo una rectificación respecto a las «tendencias políticas» de sus primeros escritos ya aludidos—«El Concejo de mil lugar», «El tirano de la aldea»—y de algunos de sus libros más difundidos: «Los hombres de pro»—ruda sátira parlamentaria—; «Don Gonzalo González de la Gonzalera»—en que don Román Pérez de la Llosía es partidario de esa autonomía municipal, de un fuerismo mitigado de cuño tradicionalista—; «El sabor de la tierruca»—donde don Juan de Prezanes está en contacto con pardillos trapisondistas adulteradores del sufragio y agentes como Asaduras, en tanto que su compadre don Pedro de Mortera—hechura de don Román—es independiente y no quiere tratos con tales corruptores).

CARTA A DON TEODORO LLORENTE Y OLIVARES

Santander, 9 de Enero de 1899 [1].

Sr. D. Teodoro Llorente [2].

Mi querido amigo:

Muchos días hace que estoy en ánimos de escribir a V., pero no he podido conseguirlo hasta hoy, porque a ello se han opuesto varias ocupaciones urgentes, una anemia... y un trancazo. Libre, a Dios gracias, de estos obstáculos, comienzo por desearle como a

toda su familia un año menos calamitoso que el recién fenecido [3], y «entro en materia» como decía un disertante remilgado.

Es, pues, el caso que recibí, muchísimo tiempo hace, un ejemplar del poema que, con el título de «Idealismos», publica Vicente Greus [4] con un prólogo de V. Como el libro es pequeño y mi mesa de trabajo, en muchas ocasiones, parece un remedo de la Hacienda española por lo revuelta y enmarañada que está, cuando quise leer el poema de nuestro amigo, no di con él ni entre el revoltijo de la mesa, ni entre otros revoltijos de libros y papeles que no faltan en esta su casa. Sentí mucho la pérdida, no por los versos, pues a decir verdad, con saber yo que eran románticos y de un señor fiscal de Audiencia me tentaban muy poca cosa, sino porque tenía el libro una cariñosa dedicatoria autógrafa del autor y un prólogo de V., y por este lado valía bien el empeño con que le busqué uno y otro día, sin fruto alguno. Al fin, y cuando ya habían pasado muchos meses y apenas me acordaba de él, una casualidad me lo puso delante de los ojos. Esto ocurrió a fines del mes pasado; y por no exponerme a que se me extraviara de nuevo, me puse a leerle, pero saltando el prólogo para dejar a mi juicio toda su independencia. Le declaro a V. que muy pocas veces me he llevado un chasco más agradable. «Ideaslismos», por la decoración, por los personajes, por el espíritu de la leyenda, y por la forma, que a cada instante cambia de metro, como era usual en la escuela, es un poema romántico de los buenos tiempos del romanticismo. Está versificado con gran soltura, y muy a menudo con mucha elegancia. Hay fragmentos de octavillas que parecen brotadas de la irrestañable vena de Zorrilla [5]; y la época en que pasan los sucesos de la leyenda da a ésta la brillantez de sus cosas, andando como andan allí los... [6] y bailes, barbacuras, sobrebatas y rastrillos como Pedro por su casa. No faltará lector que tache a esta obra de pasada de moda; con lo cual no sabrá lo que se diga, pues el romanticismo es cosa de «siempre» en nuestro suelo y en nuestra raza y la historia del caballero que va a romperse la crisma al otro extremo del mundo por conseguir una sonrisa de su dama, y la de estas damas que se asoman al ajimez a la luz de la luna, y de estos castillos roqueros, y la de estos caballos a los que no les falta más que hablar, siempre sonarán bien en oí-

dos castellanos; y mucho mejor cuando llega a ellos en gallarda y sonora versificación como la del fiscal-poeta, señor Greus. Tampoco faltará quien diga que es algo extravagante lo que en la leyenda pasa; pero será porque ignora que no llega ni con mucho a lo que acontece en «El Eco del Torrente» o en «La Pasionaria», de Zorrilla, y en otras obras maestras del romanticismo.

Tal fue y tal es mi juicio, sumariamente expuesto. Después leí el prólogo de V.; y cuando me enteré de los «precedentes» de aquel correcto fiscal a quien tantos favores debí en Tarragona el año 92 [7] por recomendación de V., «lo comprendí todo», como dicen en las comedias.

Pues bien, mi señor don Teodoro: yo deseaba enterar directamente de estas mis impresiones al Sr. Greus, pero no sé dónde para en la actualidad, y suponiendo que lo sabrá V., a V. me dirijo con la súplica muy encarecida de que le dé traslado de lo que con él reza en esta carta con el aditamento de la cordialísima enhorabuena que le mando por su obra, de un millón de gracias que le doy por el regalo de ella, y de una ferviente súplica de su perdón por la involuntaria tardanza con que me doy por enterado de su inmerecida fineza conmigo. Y permítame que me asombre otra vez más de lo fenomenal de este caso: de un hombre que ha sabido guardar durante tantos años, vivo como el primer día, el fuego de su inspiración de poeta bajo una abrumadora balumba de papel sellado.

Siempre de V. admirador, amigo y compañero que le abraza

J. M. DE PEREDA [8]

NOTAS

1 Van impresas las iniciales J. M. P.

2 Don Teodoro LLORENTE Y OLIVARES nació en Valencia en 1836 y falleció en 1911. Dirigió el diario valenciano de ideas conservadoras «Las Provincias», fundado en 1866 al comprar «La Opinión» al marqués de Campo que impuso el cambio de nombre. Excelente poeta bilingüe y publicista, fue el alma del regionalismo valenciano fomentado por la sociedad literaria «Lo Rat Penat» por él creada.

LLORENTE tuvo muchas atenciones con PEREDA cuando éste visitó la ciudad del Turia en la primavera de 1884 en compañía de una cu-

ñada y de su esposa, Diodora de la REVILLA Y HUIDOBRO, algo quebrantada de salud por entonces. En 8 de mayo de 1892 mantuvo PEREDA en Barcelona la justa poética de los «Jocs Florals» y aprovechó el desplazamiento para detenerse de nuevo en la capital levantina, esta vez con su primogénito Juan Manuel y con su cuñado Aurelio de la Revilla, ocasión aprovechada también por LLORENTE y «Las Provincias» para festejar al autor de «Sotileza».

3 El año 1898 fue trágico para la Historia de España ya que en él se registró la pérdida de nuestras últimas posesiones ultramarinas. Leyendo la correspondencia epistolar de PEREDA con Narciso OLLER y con Alfonso ORTÍZ DE LA TORRE se puede apreciar cuán hondo caló el desastre colonial en el ánimo del novelista, que estuvo a punto de escribir una obra sobre este tema a la manera de los episodios nacionales galdosianos, proyecto que nunca realizó.

4 Vicente GREUS ROIG, poeta y magistrado nacido en Alginet (Valencia) en 1837 y m. en Barcelona en 1907. Estudió Derecho en la Universidad de Valencia, donde entabló íntima amistad con LLORENTE y con Félix PIZCUETA, datando de entonces sus primeros versos. En 1865 fue elegido diputado provincial, siendo después reelegido. Como las luchas políticas no le atrajeron, en 1869 ingresó en la carrera judicial y prestó sucesivamente sus servicios en las Audiencias de Valencia, Albacete, Granada, Tarragona y Barcelona. A su muerte heredó toda su fortuna su sobrina Josefina GREUS, poetisa mediocre que publicó algunas de sus composiciones en el «Almanaque» de «Las Provincias».

Las cartas de Vicente GREUS escritas a don Teodoro LLORENTE Y OLIVARES fueron recopiladas por el hijo de éste (Teodoro LLORENTE Y FALCÓ) en el «Epistolari-Llorente», obra en dos volúmenes que con nutridas notas publicó la editorial Balmes de Barcelona (vol. I, n.° 44, pg. 46: Valencia 21 de julio de 1877; n.° 117, pg. 107: Albacete, 2 de abril de 1883; n.° 163, págs. 147-8: Játiva 11 de Junio de 1885; vol. II, pág. 27, n.° 355: Tarragona 23 de diciembre de 1901).

5 PEREDA era gran admirador de ZORRILLA como se deduce de la lectura de sus cartas a MENÉNDEZ PELAYO y José María QUINTANILLA («Pedro Sánchez») en las que solicita de ambos trabajos literarios para ser leídos en la velada que en la primavera de 1889 organizó la Sociedad Económica Cantábrica de Amigos del País, bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Santander que accedía así a una petición del Liceo Granadino. Los productos se dedicaron a la coronación del vate vallisoletano. (V. «Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo», n.° 87: Santander, 26 de mayo de 1889 y «Cartas de Pereda a José María Quintanilla», n.° 20: Santander, 13 de mayo de 1889 y nota 118).

6 Ilegible.

7 PEREDA estuvo en Valencia en abril de 1892, de paso para Barcelona, pero como los Juegos Florales no habían de celebrarse hasta el 8 de mayo, LLORENTE se ofreció a acompañarle a Tarragona y Poblet. A última hora no pudo cumplir su palabra y recomendó por escrito muy encarecidamente a Vicente GREUS, entonces fiscal en Tarragona, que hiciese los honores al ilustre visitante. A recibirle a esta ciudad acudieron desde la capital del Principado Narciso OLLER y el pintor santanderino Fernando PÉREZ DEL CAMINO. El alcalde les obsequió con un banquete magnífico y don José María, siempre al lado de Juan Manuel y de su cuñado Aurelio, visitó las murallas ciclópeas y la llamada «Torre de los Escipiones» (V. «Memòries literàries de Narcís Oller», cartas de Pereda: Valencia 22 de abril de 1892 y Valencia 25 de abril de 1892, págs. 164-5).

8 Hemos de destacar que el regionalismo alentando en Valencia por

LLORENTE era de cuño romántico y conservador. Amigo de LLORENTE y de Vicente GREUS ROIG fue el gran bibliófilo don José Enrique SERRANO MORALES en cuya casa se hospedaba don Marcelino MENÉNDEZ PELAYO cuando se trasladaba a Valencia. Posteriormente, como hijuela desgajada del tronco de «Lo Rat Penat», surgió la sociedad literaria «Valencia Nova» de tendencias más radicales. En el mes de julio de 1907 los Juegos Florales de Valencia fueron mantenidos por el Padre Luis Calpena y presididos por la Infanta Isabel («La Chata»). Resultó galardonado con la flor natural don Teodoro LLORENTE por su poema «Vicenteta: canción nueva de un poeta viejo» (cuyo texto reprodujo «Las Provincias» en castellano y valenciano) y fue reina de los mismos la señorita Margarita Ruiz de Lihory, hija del presidente de «Lo Rat Penat», el barón de Alcalalí. Hacía un año que PEREDA faltaba del mundo de los vivos y la cuestión de los regionalismos seguía palpitante aunque con sesgos más sombríos que en vida de nuestro novelista. Tras el objetivo cultural de «Valencia Nova» (fomento de las letras, artes, historia e instituciones de la región valenciana) se escondían otros móviles distintos; codo con codo con la Federación Agraria de Levante pugnaba aquélla por la independencia levantina frente al movimiento de la «Solidaridad Catalana» alegando que los intereses industriales (proteccionismo) de los catalanes eran opuestos a los agrícolas (riqueza naranjera que exigía nuevos mercados exteriores, librecambismo) de las riberas del Júcar y del Turia. La paz de la ciudad quedaba turbada por las bandas republicanas de Blasco Ibáñez (cuyo órgano propagandista era el diario «El Pueblo», antisolidario y adicto a la Unión Republicana) y de Rodrigo Soriano (incensado desde las columnas de «El Radical», simpatizante de la «Solidaridad»). En las calles estallaban petardos y aun en el mismo camarín de la Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados (lo cual produjo la afirmación en el Congreso de que Valencia se había convertido en una sucursal de Barcelona, meca del terrorismo y del anarquismo español). LA CIERVA tuvo que imponer la entrada en la ciudad, por la fuerza de las armas, del arzobispo don Victoriano GUISASOLA (expulsado por un Ayuntamiento republicano, disgustado por una pastoral del prelado en que se llamaba «concubinas» a las mujeres valencianas que estuvieran casadas sólo civilmente). A MAURA y su gobierno le hacían dura oposición los dos diarios citados y un tercero, de juicio algo más ecuánime, «El Mercantil Valenciano». La respuesta del ministro de la Gobernación fue la suspensión del Ayuntamiento (de sus 27 concejales republicanos, sustituídos por otros «esquirols» ricos y conservadores). Las elecciones fueron perdidas por el candidato adicto a MAURA, el CONDE DE ARCENTALES (yerno del muy acaudalado marqués de CUBAS). En contraste con esta enrarecida atmósfera, LLORENTE y sus contertulios—todos ellos de tendencias conservadoras—se reunían por las noches en la magnífica biblioteca que SERRANO MORALES (Delegado regio en Valencia de Instrucción Pública, cargo que ante la presión maurista le fue imposible declinar) tenía instalada en su domicilio particular. No le faltaron a SERRANO MORALES problemas en el desempeño de su cometido, entre ellos la rebelión escolar acaudillada por el catedrático de Medicina Doctor Moliner, que consideraba ridículo el presupuesto asignado a la Instrucción Pública, secundando así a Melquiades Álvarez.

En la Biblioteca Municipal de Valencia (enriquecida con los fondos particulares legados por SERRANO MORALES), y entre los papeles de éste, se conservan interesantes cartas de MENÉNDEZ PELAYO, de MAURA y de otros prohombres cuya transcripción, estudio y publicación debería emprenderse.

El «Epistolari-Llorente» (Correspondencia rebuda de 1861 a 1911 en *Teodor Llorente i Olivares*, vol. I y II. Biblioteca Balmes. Durán i Bas,

11. — Barcelona, 1928 y 1930, respectivamente) alberga las cartas de Víctor BALAGUER, Narciso OLLER, Juan MAÑÉ Y FLAQUER, varias ya aludidas de Vicente GREUS, las del hispanista alemán Jan FASTENRATH, las del ruso Isaac PAULOUSKY, etc... Sin embargo, no recoge las de PEREDA.

La presente carta fue publicada por el magistral crítico don José María de Cossío en 1957 («Antología de Escritores y Artistas Montañeses», XLVIII pág. 189). A pesar de no constituir una primicia, su estudio y anotación ofrece interés, sobre todo para el mundillo literario valenciano, pues ella es prueba irrefragable de las excelentes relaciones de amistad establecidas entre el alma del regionalismo literario levantino y el adalid de aquel montañesismo «un poco neo y un demasiado orgulloso» que secundaron los jóvenes redactores de «El Atlántico».

CARTA A VICENTE MEDINA

Santander, 26 de Agosto de 1898.

Sr. D. Vicente Medina. [1].
Cartagena [2]

Muy Sr. mío:

Le soy a V. deudor de dos grandes favores: el regalo de su libro «Aires murcianos» [3] y el deleite que me ha proporcionado su lectura.

Algo de lo que aquél contiene me era ya conocido por haberse publicado en un periódico, creo que el «Madrid Cómico». Me enamoraron entonces la sencillez, la profundidad y la ternura de aquella genial poesía «Cansera» [4] y hoy me complazco en reconocer que el poeta revelado en tal delicada obra de arte no desmerece en las restantes de la colección. El sentimiento de la noble, sana y conmovedora poesía que hay en el fondo de la Naturaleza es para pocos, y de las prendas que para ver en ella se necesitan ha querido Dios dotarle a V. pródigamente.

Este es un privilegio de los que obligan y no debe V. olvidarlo para su propio bien [5] y para su gloria, para la de la tierra en que nació [6] y le inspira tan hermosos cantos, y para regocijo de cuantos se interesan por el legítimo esplendor de la letras patrias como este su admirador [7] que cordialmente le felicita y b. s. m.

J. M. DE PEREDA [8].

NOTAS

1 Vicente MEDINA nació en Archena (Murcia) en 1866, de familia pobre, pues su padre era jornalero y su madre costurera. De niño fue vendedor de periódicos. Advertidos los suyos de su afición a la lectura le enviaron a Madrid, donde se puso a servir de criado. Pronto se cansó de aquella vida y regresó al pueblo, en el cual se colocó de mancebo en una farmacia; después sustituyó a su padre como vendedor de prensa. Más tarde sentó plaza y marchó a Filipinas. Cuando le licenciaron regresó a Archena y con sus ahorros de soldado estableció una tiendecilla que pronto tuvo que cerrar.

2 La carta de PEREDA va dirigida a Cartagena en donde a la sazón residía Vicente MEDINA. Al fracasar el pequeño negocio de Archena, desesperado y buscando más anchos horizontes vitales, marchó a esta base naval para embarcarse rumbo a Orán. Unos amigos le disuadieron de ello y le proporcionaron un modesto empleo de escribiente en el Arsenal. Contando con los veinte duros mensuales que le proporcionaba su nuevo destino y otros tantos que ganaba como contable de una fábrica, se casó, constituyendo un hogar, humilde pero apacible, en el cual consagraba sus pocos ratos libres al estudio y a la composición poética.

3 La colección de poesías «Aires murcianos» apareció en 1898.

4 Vicente MEDINA permaneció en el más absoluto anonimato hasta que el «Madrid Cómico» publicó «Cansera», que reveló al poeta. «CLARÍN» consagró un artículo al novel vate y Juan MARAGALL escribió sobre ella palabras entusiastas. (Pensemos que «Cansera» supone un hilo sutil de continuidad con la «Oda a España» de MARAGALL y con la labor literaria de la Generación del 98 en cuanto que pone también de relieve la atonía individual y colectiva susbsiguiente al fracaso colonial.)

A «Cansera» la tacharon algunos de excesivamente pesimista. No olvidemos, sin embargo, que defendiendo Cuba y Filipinas habían muerto muchos hijos de nuestra benemérita «plebe» como el del labriego murciano que se expresa en su lengua «panocha». El título, de por sí, ya es altamente representativo. Dionisio PÉREZ captó muy bien estos matices: «¿No era acaso «cansera» la mortal angustia que España padecía? Este poeta singular, ¿no había condensado en su veintena de versos, en llano lenguaje del pueblo, toda la intensidad dramática de aquel momento que vivía España? El labriego huertano dialoga con un personaje ignoto, con su propia mujer, acaso, que le incita a ir a trabajar. ¿Para qué ir? Aquel símbolo de España siente el tremendo cansancio, el tedio insuperable de quien desbordó las energías de su vida en una intensa labor y al cabo de ella advierte que ha sido estéril el esfuerzo». (Si consideramos que los «hijos de papá» de entonces se redimían, mediante el pago de cuotas en metálico, de ir a pelear a la manigua contra los yankees y los tagalos rebeldes, esta injusticia social incidiendo sobre el desastre colonial, nos amarga el humor todavía hoy).

«Cansera» apareció en la revista ilustrada «Blanco y Negro» (n.° 372; Madrid, 18 de junio de 1898). El texto iba acompañado de un grabado de BLANCO CORIS que representaba al matrimonio huertano ataviado con el traje típico de la región; él sentado con su manta al hombro y ella de pie, ambos cobijados a la sombra benéfica de la parra situada frente a la fachada de su casucha, mientras unas gallinas picoteaban delante de ellos. Casi todo el ejemplar está dedicado a la guerra colonial: una visita a la escuadra de reserva con fotos del «Pelayo», del «Carlos V» y del «Osado»

por Gabriel R. ESPAÑA y las siguientes coplas satíricas en verso de Manuel del PALACIO con dibujos de CILLA:

Si aquello de Filipinas
está cada vez más grave,
todos tenemos la culpa,
y más que todos, los yankees.
Con su protección han roto
los diques de la barbarie,
y a dónde llegará el daño
Dios solamente lo sabe.

Sistema de guerra es éste
que, a través de las edades,
aparece como nuevo
aun entre los mismos cafres;
y si Europa lo tolera
por prudente o por cobarde,
la moral y la justicia
pueden hacer el petate.

Tales versos humorísticos—no exentos de intención—son el reverso de la amargura de «Cansera»:

Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
por esa sendica se «jue» la alegría...
¡por esa sendica llegaron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y «éjame» que duerma,
¡a ver si es «pa» siempre!... ¡Si no «espertara»!...
¡Tengo una «cansera»!

A PEREDA, que estuvo a punto de escribir la novela colectiva del desastre colonial del 98, según confiesa en una carta a Alfonso ORTIZ DE LA TORRE y en otra a Narciso OLLER, debió complacerle «Cansera» en grado sumo.

5 A Vicente MEDINA, quitando el honor de haber sabido cantar como nadie las costumbres de la vega murciana, sus poesías no le reportaron hasta muy tarde el menor lucro. «La Canción de la Huerta» (1905) siguió a «Aires murcianos»..., pero la realidad era que el poeta apenas podía subsistir en España y tuvo que emigrar a América con todos los suyos estableciéndose en Rosario de Santa Fe. Allí, después de un prolongado mutismo, dio a luz «Canciones de guerra» y «Dulce es el agua que corre». En sus últimas composiciones, escritas cuando ya gozaba de relativa holgura económica—como nunca conociera en España—se advierten dejos de una suave nostalgia por su amada tierra murciana.

6 Fitz Maurice KELLY en su «Historia de la Literatura Española» dice hablando de Vicente MEDINA que, en sus poesías, «ha descrito con singular acierto escenas y tipos de aquellos vergeles medio musulmanes» y añade que «son obras de un poeta que ha escrito demasiado poco». De su pluma salieron además: «Poesías», «La canción de la vida» (poesías); «Alma del pueblo» (primeros ensayos poéticos); «La canción de la muerte»; «Cuadros en prosa»; «Novelas dramáticas representables de costumbres huertanas», «El Rento», «La sombra del hijo», «El alma del molino», «Lorenzo» y otros trabajos inéditos.

7 Supo el poeta de Archena, sin incurrir jamás en la plebeyez, realzar lo popular y castizo de su región en una época en que precisamente estaban en boga las literaturas regionales que perseguían la exaltación de lo folklórico y costumbrista bien con fines meramente idílicos—como en el caso que nos ocupa—, bien con cierta tendencia política—como en el del catalanismo—. El empleo de giros dialectales «panochos» provocó emoción intensa en cuantos murcianos leyeron «La coplica muerta»; «Nadie la seguía», «La canción triste» y tantas otras poesías de MEDINA, del mismo modo que los modismos «pejinos» de «Sotileza» exacerbaron el montañesismo de los coterráneos de PEREDA. En estos lenguajes toscos, incultos, se refleja, no obstante, el alma del pueblo, «el espíritu español vivo» que, como decía MARAGALL a propósito de Vicente MEDINA, «solo se muestra actualmente en los lenguajes populares». Los eruditos y humanistas de una España que, como la del último tercio del XIX, va dando bandazos hasta llegar a ese coletazo preagónico del 98, impulsarán esta tendencia a la sublimación de lo popular; en estas gentes, incultas y desgarradas pero sanas moralmente, puede hallar su contrapunto o módulo espiritual una España «regenerada».

8 Esta cuartilla autógrafa de PEREDA fue dada a luz por don José María de Cossío en su mencionado libro «Antología de Escritores y Artistas Montañeses», XLVIII, pág. 173. Epílogo.

Por medio de la colección epistolar que hemos ido analizando pudimos comprobar que don José María de PEREDA estuvo en relación con los más representativos cultivadores de los distintos regionalismos literarios (catalán, vasco-navarro, valenciano, andaluz, murciano). Los antecedentes del localismo perediano pudieran hallarse en aquellas palabras de MENÉNDEZ PELAYO: «Hazte cada día más local para ser más universal». Ese regionalismo fue tema de sus dos discursos más importantes (el de mantenedor de los «Jocs Florals» traducido al catalán por OLLER y leído en 8 de mayo de 1892 por CABOT Y ROVIRA y el de recepción en la Real Academia Española pronunciado el domingo 21 de febrero de 1897 que fue contestado por GALDÓS, su primer impugnador).

Pese a las distintas polémicas acerca del «handicap» o rémora, esto es, de la «limitación» que tal localismo pudo suponer en la carrera literaria de nuestro novelista, su existencia es un hecho incontrovertible y, sinceramente, pienso que tal provincialismo no impidió a PEREDA alcanzar renombre universal (como tampoco el localismo astur de Leopoldo ALAS fue para este acerado crítico un estorbo insuperable según demuestra Juan Antonio CABEZAS en su monografía «*Clarín*», *provinciano universal*. Si la frase citada («Hazte cada día más local para ser más univerasl») salió en verdad de los labios del autor de los «Heterodoxos», revela que éste supo intuir como un gran visionario la paradoja que, por caprichos del azar, se hizo carne y realidad en el polanquino y en el catedrático ovetense (al que, según frase suya, le «nacieron en Zamora», sin embargo). El surco pequeño confluye y lleva al grande. Cierto que la aparente estrechez del sendero ocasionó a don José la célebre enganchada con doña Emilia PARDO BAZÁN (la que más abiertamente habló de la estrechez del arte de PEREDA comparable a un huerto cuidado y bien regado aunque de limitados horizontes) y el roce con los «trompetilleros» del monopolio literario centrista; cierto también que el autor de «La Regenta» tuvo que sufrir la explotación por una prensa que pagaba poco e irregularmente (yendo su prolífica labor de articulista en detrimento de la inspiración de su númen de novelista). Mas el tiempo ha sabido poner las cosas en su justo sitio y contribuir a una mejor aquilatación.

El que PEREDA llegara a ser el «animador de Cantabria» (Blanca de los Ríos, 1933) no ha sido óbice para que se le considere uno de los mejores novelistas del XIX junto a GALDÓS, VALERA, ALARCÓN, PALACIO VALDÉS o la propia PARDO BAZÁN. El juicio infravaloratorio que respecto a don José emitieron los «jóvenes» de la Generación del 98 (de un BAROJA o un VALLE-INCLÁN, según refiere «AZORÍN» en su *Charivari)* ya es harina de otro costal. Las modas son contingentes y relativas, fluyen y refluyen arbitrariamente: el mismo «AZORÍN» rectificó respecto a PEREDA. Buen paradigma el propio don Ramón María del Valle-Inclán: después de haber sido postergado su teatro a las «Sonatas», en la actualidad aquél está causando furor en España y en el extranjero (al parecer el autor de «las barbas de chivo» se adelantó a su tiempo).

Cada cual debe hallar su propia vena de inspiración y su peculiar módulo de expresión; si el logro es acertado en cuanto que se producen obras maestras... ¿qué importa que se sitúen éstas geográficamente en un lugarejo recóndito o en una megalópolis? Si, además, don José reputó que en las pequeñas células vitales que eran las aldehuelas montañesas—incontaminadas por el progreso—estribaba la salud moral del país y hasta la posible regeneración de éste ¿por qué no «cantarlas»? ¿Qué la realidad no fue tan idílica? ¿Qué esos pueblecillos albergaban miseria y analfabetismo? Estamos de acuerdo con esta dura verdad que todavía tiene virtualidad (y cuyo correctivo es una justa promoción económica, social y cultural de sus modestos habitantes). Pero ahí han quedado obras literarias de primera calidad (una «Sotileza», no ya montañesa sino santanderina, y, más que santanderina, callealtera). Vengo a coincidir con Emilio GAMERO («El ocaso de un siglo») aunque parto de punto distinto. Habiendo querido éste contradecir a don José en su parlamento de recepción académica vino a darle la razón: «Cada cual debe escribir como piensa y siente, sacando la enjundia estética allí donde la encuentre, y si no llega a producir una obra maestra, lo mismo da que se inspire en la Montaña de Santander que en el páramo manchego.»

Leyendo a PEREDA «se aprende el arte de vivir bien y morir mejor» (MENÉNDEZ PELAYO, 1911). Si bien es irrevocable que gracias a la civilización científica y técnica «vivimos mejor materialmente» (no se refería el gran polígrafo a este «modus vivendi»)... ¿acaso somos moralmente «más buenos»? Hay que saber gozar y disfrutar lícitamente de estas ventajas, hay que aspirar al progreso cultural y socio-político-económico, pero sin olvidar jamás cierto afán de superación ética. Este bienestar material ¿va acompañado de una progresiva deshumanización y aparejado de una evolutiva degradación espiritual? Estos son problemas muy de nuestra época. Tales preguntas y su honrada contestación dan, a mi modesto entender, actualidad a la obra perediana. El hombre del siglo XX debe bucear en el fondo de su conciencia, realizar una prospección interior que conduzca a la solución de estas cuestiones. A esa introversión, al hallazgo de ese equilibrio integral ayudan los libros del hidalgo de Polanco (dejando a un lado sus tendencias políticas y sociales y hasta su ubicación, aspectos todos ellos pasajeros y accesorios al lado del tema que enfocamos). PEREDA no intentó reformar la colectividad, sino las almas (en contra de lo que pudiera deducirse de una primera lectura). Buscó la perfectibilidad del individuo concreto, de cada ser humano, pues para él la regeneración de las cosas grandes debía partir de premisas pequeñas (la convalecencia del «cuerpo nacional» o «todo» debía partir de sus elementos o partes, es decir de cada región, cada provincia, cada capital de ésta, cada ciudad, cada pueblo, cada aldea, cada casa de labor, cada individuo). En esto coincidió con el mensaje del Conde LEÓN TOLSTOI («Al pueblo de los

trabajadores», después de la revolución rusa de 1905): «Nada hay más dañoso para los hombres que la idea de que las causas de su miseria no están en ellos mismos, sino en las condiciones exteriores».

El sectarismo «muy de derechas» de los escritos peredianos resultará hoy desfasado y superado; su patriarcalismo estará trasnochado (como bien dice MONTESINOS), pero esta lección de moral o de sociología ética a que propende el autor—que intentó contaminar sus estusiasmos a los lectores —no periclitará nunca. Tal preocupación nace y muere con el hombre.

En cuanto a lo del regionalismo literario... ¿No es extremada por su tono categórico y absoluto la proposición de Emilio GAMERO: «En la novela no hay regionalismos»? Tan regional puede resultar una novela galdosiana ubicada en Madrid como «El sabor de la tierruca» desarrollada en «Cumbrales» (Polanco). Cosa distinta es qué grado de categoría literaria puede alcanzar cada una (y ello depende del genio y cualidades del autor; un escritor de tendencias metropolitanas puede alumbrar obras mediocres o maravillosas y otro tanto sucede con otro propenso a inspirarse en su marco nativo). Hoy nos suenan a agua pasada las palabras de Salvador CANALES, de GALDOS y del propio PEREDA:

«Tan no acierta PEREDA con la definición de la novela regional, que dice que la «urbe» no la inspira, y esto no parece admisible, pues si la ciudad está en la región, y en la «región» está hecha la novela, ¿por qué no ha de ser regional aunque sea urbana? Eso será en todo caso la novela campestre, al estilo de muchas de George SAND, y no pocas de «Fernán Caballero». (Salvador CANALS. «El Nacional», 22 de febrero de 1897).

«Paréceme a mí que la metrópoli es región y de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las ranciedades más españolas, juntando los vicios de la raza a los vicios exóticos, y las marrullerías castizas a los desenfados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas. Creo que Madrid no es la capital espiritual, compendio del sentir y pensar de un pueblo, como no es capital geográfica, por carácter de condiciones físicas; veo aquí un intenso regionalismo, que podríamos llamar urbano, cual ninguno interesante y pintoresco, grande y riquísimo venero para el artista». (V. «Discursos... Viuda de Tello. Contestación de GALDÓS al de ingreso en la Real Academia Española de PEREDA).

PEREDA al aclarar el adjetivo «regional» aplicado a la novela dijo: «En pocas naciones del mundo tiene esta importante rama de la literatura tan bien cimentada su razón de existir como en España, cuya unidad moral es, por la firmeza de su cohesión, tan de notarse como la falta de ella en sus precedentes históricos y etnográficos, y en sus costumbres, climas y temperaturas. Se impone, pues, aquí la novela regional como se impone el sentimiento que la engendra y produce: el regionalismo, pasión acerca de la cual tiene el vulgo de los que discurren en los centros populosos y descoloridos muy equivocados conceptos». (Idem.) ¿Es acaso esto un dislate? ¿No hemos oído hasta la saciedad que España es *una y varia?* Lo que sucede es que tanto el polanquino como el canario quisieron «llevarse el gato al agua» (al dar la primacía don José a la novela «regional» sobre la «urbana» quería conferir a la primera mayor mérito literario y al subvertir los términos don Benito deseaba subvertir también las categorías concediendo el primer puesto en el escalafón del arte narrativo mayor a la novela metropolitana, mejor aun, madrileña).

Esto en cuanto al «regionalismo literario». En cuanto a las intenciones políticas subyacentes, PEREDA dio pruebas de ecuanimidad en una epístola escrita a una admiradora residente en Sitges: regionalismo, sí; separatismo, no:

«Tome V. (que con tan agradable desembarazo se expresa en castellano) de esta indicación lo que crea de su pertenencia, y note de paso que continúo siendo, con respecto al catalán, tan «Juan Fernández» como lo fui en «Nubes de estío»; y en «lo otro», en lo delicado y quebradizo del «caso» que V. aclara con suma complacencia mía, pareciéndome siempre poco cuanto se haga y se diga en provecho y gloria del terruño natal, y demasiado, hasta la tentación no más, de mirar con malos ojos a la «patria grande». (Polanco 13 de julio de 1899.—Srta. Rita Bonaprés.).

CONCHA FERNÁNDEZ-CORDERO Y AZORÍN